



Las Mejores Fábulas

ESOPO • FEDRO • LA FONTAINE

IRIARTE • SAMANIEGO • TOLSTOI

BARROS GREZ



I

ESOPO

EL LEÓN VIEJO Y LA ZORRA

UN LEÓN LLEGADO A VIEJO, incapaz de procurarse por la fuerza la comida, pensó que necesitaba hacerlo por la astucia. Por lo cual, dirigióse a una caverna y se tendió en el suelo, fingiendo hallarse enfermo; de este modo, cuando los animales iban a visitarle, los atrapaba y se los comía.

Habían perecido ya bastantes, cuando la zorra, comprendiendo su trampa, se presentó también y, deteniéndose a distancia de la caverna, preguntó el león que cómo le iba.

—Mal —contestó el león, preguntando a su vez por qué no entraba.

—Hubiera entrado dijo la zorra si no viera muchas huellas de animales que entran, pero ninguna de animales que salen.

Los hombres sensatos advierten en ciertos indicios los peligros y los evitan.

EL LEÓN, LA ZORRA Y EL CIERVO

HABIENDO CAÍDO ENFERMO, el león se tumbó en una caverna, diciendo a la zorra, a la que estimaba grandemente y con la cual estaba en relaciones:

—Si quieres que me cure y viva, seduce con tus dulces palabras al ciervo que habita el bosque y tráemelo, pues tengo un gran deseo de su corazón y de sus entrañas.

Partió la zorra a cumplir el encargo y encontró al ciervo saltando en el bosque. Acercándose a él amablemente, le saludó y le dijo:

—Vengo a comunicarte una gran noticia. Ya sabes que nuestro rey, el león, es vecino mío; pero ha caído enfermo y está a punto de morir. Entonces, se ha preguntado qué animal entre todos iba a reinar después de su muerte. El jabalí —se dijo— carece de inteligencia; el oso es torpe, la pantera irascible, el tigre fanfarrón; el ciervo es el más digno de reinar, porque es esbelto, vive muchos años y las serpientes temen sus cuernos. Pero ¿para qué hablar más? Está resuelto que tú serás el rey. ¿Qué vas a darme por habértelo anunciado antes que nadie? Contesta; tengo prisa y temo que me llame, pues no puede pasarse sin mis consejos. Pero si quieres oír a un viejo, te aconsejo que vengas conmigo y le hagas compañía hasta su muerte.

Así habló la zorra, y el ciervo, con el corazón henchido de vanidad ante sus palabras se dirigió a la caverna, sin sospechar lo que iba a ocurrir. Al verlo, el león se precipitó sobre el ciervo, pero no logró más que destrozarte las orejas con sus garras; el ciervo desapareció velozmente en el bosque. Entonces, la zorra golpeó sus patas una contra otra, en señal de despecho por haber perdido la partida. El león empezó a quejarse lanzando grandes rugidos, atenuado por el hambre y la pena, y suplicó a la zorra que hiciese otra tentativa para llevarle al ciervo con un nuevo engaño. La zorra repuso:

—Es un encargo penoso y difícil, sin embargo, te serviré otra vez.

Entonces, igual que un perro de caza, siguió las huellas del ciervo mientras maquinaba nuevas astucias, preguntando a los pastores si no habían visto un ciervo ensangrentado. Estos le indicaron su cubil. Hallóle la zorra recobrando sus fuerzas y se presentó, imprudente. El ciervo, encolerizado y presto al ataque, le dijo:

—¡Miserable zorra, no volverás a engañarme! ¡Si te acercas una pulgada, cuéntate entre los muertos! Vete a buscar a otros que no te conozcan; habla a otros animales y súbeles los humos diciéndoles que los van a hacer reyes; a mí, no.

Pero la zorra replicó:

—Pero ¿cómo eres tan flojo y tan cobarde? ¿Por qué desconfías de nosotros, que somos tus amigos? El león, al cogerte la oreja, sólo quería darte sus consejos y sus instrucciones para el buen gobierno de tu gran monarquía, y tú ni siquiera has podido sufrir un arañazo de la pata de un enfermo. Ahora está furioso contra ti y quiere hacer rey al lobo. ¡Malo es ser el amo! Ven conmigo; no tienes nada que temer; pero pórtate humilde como un cordero. Te juro por todos los árboles y fuentes que no tienes que temer ningún mal del león. En cuanto a mí, lo único que quiero es servirte.

Y engañando con estas mentiras al infeliz, le decidió a acompañarla de nuevo. En cuanto entró en la caverna, no le faltó comida al león, el cual devoró sus huesos, su cerebro y sus entrañas. La zorra, entretanto, miraba. Cayó el corazón al suelo, y la zorra lo atrapó a escondidas, comiéndoselo como pago de sus gestiones. Y el león, después de buscarlo entre todos los pedazos, vio que le faltaba. Entonces, la zorra, a prudente distancia, le dijo:

—Este ciervo no tenía corazón; no lo busques. ¿Qué corazón podía tener un animal que vino por dos veces a la cueva y a las garras del león?

Enseña esta fábula que el ansia de honores turba la razón y cierra los ojos ante la inminencia del peligro.

EL LEÓN, EL OSO Y LA ZORRA

HABIENDO ENCONTRADO UN OSO y un león a un cervatillo, trabaron un combate para ver cuál de los dos se lo llevaba. Después de asestar uno a otro terribles golpes, se abatieron ma-

reados y medio muertos. Una zorra que pasaba por allí, viéndolos extenuados y con el cervatillo en medio, se apoderó de éste y huyó pasando entre los dos. Y el oso y el león, sin poder levantarse, murmuraron:

—¡Desdichados! ¡Para la zorra nos hemos tomado tanto trabajo!

Enseña esta fábula que tenemos razón en sentir despecho cuando los recién llegados se llevan el fruto de nuestros trabajos.

EL DEUDOR DE ATENAS

UN DEUDOR DE ATENAS, apremiado por su acreedor para que le pagara su deuda, primero le pidió que le concediera un corto plazo pretextando hallarse en apuro; mas no logrando vencerle, trajo la única marrana que poseía, disponiéndose a venderla en presencia de su acreedor.

Presentóse un comprador preguntando si la marrana era fecunda.

—Tan fecunda —respondió el deudor—, que hasta lo es de modo extraordinario: en los Misterios pare hembras y en las Panateneas pare machos.

Asombrado el comprador de lo que oía, el deudor exclamó:

—¡No te asombres tanto, porque esta marrana también; te dará cabritos en las Dionisiacas!*

Enseña esta fábula que muchos no vacilan, cuando se trata de su propio interés en afirmar incluso cosas imposibles.

EL GATO Y LOS RATONES

HABÍA UNA CASA INFESTADA DE RATONES. Súpolo un gato, se fue a ella y, uno tras otro, los iba devorando a todos. Los ratones, viendo que siempre los cazaba, desaparecían en sus agujeros.

* Misterios: ceremonias secretas en honor de ciertas divinidades; Panateneas y Dionisiacas, fiestas en honor de Atenea y Baco (Dionisos).

ros, y no pudiendo el gato atraparlos en ellos, imaginó una trampa para que salieran.

Trepó, en efecto, aun alto leño y, colgado en él, se hizo el muerto; pero una de las ratas asomó el hocico, le vio y le dijo:

—¡Oye, amiguito, aunque fueras un saco no me acercaría!

Demuestra esta fábula que los hombres sesudos, cuando una vez han experimentado la maldad de algunas personas, ya no se dejan engañar por sus habilidades.

LA COMADREJA Y LAS GALLINAS

SE ENTERÓ UNA COMADREJA DE QUE EN UN CORRAL había unas gallinas enfermas; disfrazóse de médico, cogió los instrumentos del arte y se presentó en el gallinero. Llegada a la puerta, preguntó a las gallinas que cómo iba su salud.

—¡Muy bien si tú te largas! —respondieron.

Los prudentes descubren las artes de los malvados a pesar de todos sus fingimientos de bondad.

LA CABRA Y EL ASNO

DABA DE COMER UN HOMBRE AL MISMO TIEMPO a una cabra y a un asno. La cabra cobró envidia al asno, porque éste estaba muy bien alimentado, y le dijo:

—Entre la noria y la carga, tu vida es un tormento inacabable; finge un ataque y déjate caer en un foso para que te den descanso.

Siguió el asno el consejo, se dejó caer y se lastimó, todo el cuerpo. Hizo venir el amo al veterinario y le pidió un remedio para el herido. Prescribió el curandero que le hiciera una infusión con el pulmón de una cabra, pues este remedio le devol-

verla el vigor. Por lo cual degollaron a la cabra para curar al asno.

Aquel que imagina maldades contra otro, es al cabo el primer obrero de su desgracia.

LA ZORRA Y LA UVAS

QUIISO UNA ZORRA HAMBRIENTA, al ver colgando de una parra hermosos racimos de uvas, atraparlos con su boca; mas no pudiendo alcanzarlos se alejó diciéndose a sí misma:
—¡Están verdes!

Asimismo, ciertos hombres que no pueden llevar adelante sus asuntos por culpa de su incapacidad, culpan a las circunstancias.

LA ZORRA Y EL PERRO

PENETRÓ UNA RAPOSA EN UN REBAÑO de carneros y, arrimando un corderillo a su pecho, fingía acariciarle. Preguntóle un perro:

—¿Qué estás haciendo?

—Le acaricio y juego con él.

—¡Pues, suéltale en seguida, si no quieres conocer las caricias de perro!

Aplicase esta fábula al trapacero y al ladrón inhábil.

LA ZORRA QUE NUNCA VIO UN LEÓN

HABÍA UNA ZORRA QUE NUNCA HABÍA VISTO UN LEÓN. Púsola el azar un día delante de la fiera. Como era la primera vez que la veía, sintió un miedo de muerte. Al encontrar al león por

segunda vez, aún sintió miedo, pero menos que la primera. En fin, al verle por vez tercera, se envalentonó hasta acercarse a él para trabar conversación con la fiera.

Enseña esta fábula que la costumbre dulcifica hasta las cosas más aterradoras.

LA MUJER INTRATABLE

TENÍA UN HOMBRE UNA MUJER EN EXTREMO VIOLENTA con todas las gentes de su casa. Queriendo saber si demostraba igual humor con los criados de su padre, la envió a casa de éste con un pretexto cualquiera.

De vuelta al cabo de unos días, le preguntó el marido cómo la habían tratado los criados de su padre, y ella respondió:

—Los pastores y los boyeros me miraban de reojo.

—Pues si tan mal te miraban, mujer, los que sacan los rebaños al despuntar el día y no vuelven hasta llegada la noche, ¿cómo te mirarían aquellos con quienes pasabas el día entero?

A menudo las cosas pequeñas descubren las grandes, y las visibles, las cosas ocultas.

EL HOMBRE Y LA RAPOSA

ODIABA UN HOMBRE A UNA ZORRA, porque le ocasionaba ciertos daños. Pudo cogerla y, para llevar a cabo una cumplida venganza, atóle a la cola un pedazo de estopa empapada en aceite, prendiéndole fuego. Pero un dios condujo a la raposa a los campos del insensato; era la época de la recolección, y el hombre siguió a la zorra y contempló, llorando, su cosecha perdida.

Debemos ser indulgentes, mesurados, pues a menudo sucede que la ira causa grandes males a los mismos irascibles.

EL ASTRÓNOMO

TENÍA UN ASTRÓNOMO LA COSTUMBRE DE PASEAR todas las noches estudiando los astros. Un día que vagaba por las afueras de la ciudad, absorto en la contemplación del cielo, cayó sorpresivamente en un pozo. Estaba lamentándose y dando voces, acertó a pasar un hombre, que oyendo sus lamentos se le acercó para saber su motivo; enterado de lo sucedido, dijo:

—¡Amigo mío! ¿Quieres ver lo que hay en el cielo y no ves lo que hay en la tierra?

Podría aplicarse esta fábula a aquéllos que se jactan de hacer maravillas y son incapaces de conducirse en las circunstancias ordinarias de la vida.

EL CANGREJO Y LA ZORRA

UN CANGREJO SALIÓ DEL MAR A LA RIBERA, buscando su vida solitariamente. Le vio una zorra hambrienta y, como no tenía nada que llevarse a la boca, corrió hacia él y lo apresó. Entonces el cangrejo, a punto de ser devorado, exclamó:

—¡Merezco lo que me ocurre, porque, viviendo en el mar, he querido hacerme de la tierra!

Sucedo lo propio con los hombres: aquellos que abandonan sus ocupaciones para entrometerse en los asuntos que no les atañen, caen naturalmente en la desgracia.

EL PERRO DORMIDO Y EL LOBO

DORMÍA UN PERRO DELANTE DE UNA CASA. Un lobo se lanzó sobre él y se disponía a darse un banquete, cuando el perro le rogó que no le inmolara en tal momento.

—Ahora estoy en los huesos —le dijo—; espera algún tiempo; mis dueños van a celebrar sus bodas; también yo me daré unos buenos atracones, engordaré y seré para ti un manjar mucho más exquisito.

Creyó el lobo en sus palabras y se marchó. Al cabo de algún tiempo volvió y encontró al perro dormido en una pieza elevada de la casa: detúvose al pie de ésta y recordó al perro lo convenido.

Entonces, el perro repuso:

—¡Oh, lobo, si a partir de hoy me ves dormir delante de la casa, no esperes a las bodas!

Enseña esta fábula que los hombres discretos, cuando se ven libres de un peligro, se guardan de éste toda la vida.

EL PERRO CON CAMPANILLA

HABÍA UN PERRO QUE MORDÍA A TRAICIÓN. Púsole su amo una campanilla para advertir a las gentes. Y el can, sacudiendo la campanilla, se fue a presumir a la plaza pública. Mas una perra entrada en años, le dijo:

—¿De qué presumes tanto? Pues no llevas esa campanilla a causa de tu virtud, sino para anunciar tu maldad oculta.

Los gestos de presunción de los fanfarroneros descubren visiblemente sus vicios secretos.

EL LEÓN Y EL RATÓN AGRADECIDO

HALLÁNDOSE DURMIENDO UN LEÓN, un ratón empezó a retozar encima de su cuerpo. Despertóse el león, atrapó al ratón, y ya iba a comérselo, citando el ratón le dijo que le soltara, prometiéndole, si le perdonaba la vida, pagarle cumplidamente. El león se echó a reír y dejó marchar al ratón.

Poco tiempo después, el león debió su salvación al agradecimiento del ratoncillo. Unos cazadores habían cazado al rey de la selva, y le ataron a un árbol con una cuerda. Oyéndole el ratón gemir su desconsuelo, corrió adonde estaba, royó la cuerda y libertó al león.

—En otra ocasión —le dijo—, te burlaste de mí, porque no esperabas mi agradecimiento; bueno es que ahora sepas que también los ratones somos agradecidos.

Enseña esta fábula que en las mudanzas de la fortuna, incluso los más poderosos necesitan la ayuda de los humildes.

EL ESCARABAJO Y LA HORMIGA

LEGADO EL VERANO, UNA HORMIGA QUE RONDABA por los campos recogía los granos de trigo y cebada, guardándolos para alimentarse durante el invierno. La vio un escarabajo y se asombró de verla tan laboriosa en la época en que todos los animales, descuidando sus trabajos, se abandonan a la buena vida. Nada respondió la hormiga por el momento: pero más tarde, llegando el invierno, cuando la lluvia deshacía las boñigas, el escarabajo, hambriento, fue a pedirle a la hormiga una limosna de comida. Entonces le dijo la hormiga:

—Mira, escarabajo: si hubieras trabajado en la época en que yo lo hacía y tú te burlabas de mí, ahora no te faltaría alimento.

Asimismo los hombres que no se inquietan del futuro en los tiempos de abundancia, caen en la mayor miseria cuando aquéllos cambian.

EL DELFÍN Y EL MONO

HAY LA COSTUMBRE, VIAJANDO POR MAR, de llevar consigo perritos de Malta y monos para distraerse durante la travesía. Un hombre que navegaba llevaba con él un mono. Al llegar a Sunion, pro-

montorio del Atica, se desató una violenta borrasca. Se hundió el navío, y todo el mundo se salvó a nado, el mono como los demás. Vio un delfín al mono y, tomándole por un hombre, se deslizó bajo él y sosteniéndole le llevó a tierra firme. Según llegaban al Pireo, puerto de Atenas, preguntó al mono si era ateniense. Respondió el mono que sí lo era y que incluso tenía en Atenas parientes ilustres; le preguntó el delfín si también conocía el Pireo, y el mono, creyendo que le preguntaba por un hombre, le dijo que sí y que era incluso uno de sus más íntimos amigos. Indignado por tal mentira, cogió el delfín al mono, y, arrojándole al agua, le ahogó.

Se refiere esta fábula a los hombres que, sin conocer la verdad, creen poder engañar a los otros.

EL AVARO

UN AVARO, CONVIRTIENDO EN ORO TODA SU FORTUNA, fundió con el metal un lingote y lo enterró en cierto lugar, sepultando allí al mismo tiempo su corazón y su espíritu. Todos los días se dirigía a ver su tesoro. En esto le observó un hombre, adivino su suplicio y, desenterrando el lingote, se lo llevó. Cuando poco después volvió el avaro y halló el escondrijo vacío, púsose a llorar y a arrancarse los cabellos. Un sabio que le vio lamentarse de tal suerte, después de informarse de su motivo, le dijo:

—No te desesperes así, hombre, porque al fin y al cabo, aunque tenías oro, no lo poseías. Coge una piedra, escóndela donde estaba el oro y figúrate que es oro; la piedra servirá para ti como si fuera el oro mismo, pues, a lo que veo, incluso cuando el oro estaba allí no utilizaba para nada tu riqueza.

Muestra esta fábula que nada es la posesión sin el usufructo.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

DISCUTÍAN LA LIEBRE Y LA TORTUGA sobre cuál de las dos era más veloz. Fijaron, pues, un día y un lugar para la prueba y se separaron. La liebre, confiando en su veloz carrera, no se dio prisa en partir, y acostándose al borde del camino se quedó dormida. Pero la tortuga, consciente de su lentitud, no dejó de correr desde el primer instante, con lo que ganando gran ventaja sobre la liebre dormida, llegó a la meta y ganó el premio.

Esta fábula nos enseña que a menudo el trabajo vence a los dones naturales, si a éstos se los descuida.

EL ASNO FINGIÉNDOSE COJO Y EL LOBO

UN ASNO QUE SE ENCONTRABA PASTANDO EN UN PRADO, viendo avanzar un lobo hacia él fingió hallarse cojo. Se aproximó el lobo y le preguntó por qué cojeaba. Respondió el asno que al saltar una cerca se había clavado una espina, rogándole que se la arrancara primero, tras de lo cual podía devorarlo tranquilamente, sin miedo a desgarrarse la boca masticando. Dejóse persuadir el lobo, y mientras levantaba la pata del asno, examinando atentamente su pie, recibió una coz que le arrancó los dientes. Y el lobo maltratado dijo:

—Bien me lo merezco, porque, habiéndome enseñado mi padre el oficio de carnicero, ¿quién me manda ensayar la medicina?

Asimismo, los hombres que se aventuran en empresas fuera de su capacidad, se acarrearán, naturalmente, grandes infortunios.

EL CAZADOR Y LA CIGÜEÑA

UN CAZADOR QUE HABÍA PREPARADO UNOS LAZOS para las grullas, vigilaba su caza desde lejos. Entre las grullas se posó también una cigüeña, y el cazador acudió y la cogió entre ellas. Suplicábale la cigüeña que la soltara, diciendo que lejos de perjudicar a los hombres era incluso muy útil para ellos, porque cazaba y devoraba las culebras y otros reptiles, y el cazador repuso:

—Si no eres en verdad un ser malvado, merecías, en todo caso, un castigo por haberle reunido con los malvados.

También nosotros debemos huir de la sociedad de los malvados, para que no se nos considere como cómplices de su maldad.

II FEDRO

EL LOBO Y EL CORDERO

OBLIGADOS POR LA SED, a un mismo arroyo acudieron el lobo y el cordero. En la parte más alta se hallaba el lobo, y bastante más abajo el cordero.

Incitado por su gran voracidad, el lobo buscó un motivo de riña.

—¿Por qué? preguntó—, ¿has enturbiado el agua que estoy bebiendo?

El animal lanudo repuso atemorizado:

—¿Cómo puedo hacer, oh, lobo, lo que dices? El agua corre desde donde tú estás hasta donde yo bebo.

Rechazado por la fuerza de la verdad, el lobo dijo:

—Hace seis meses hablaste mal de mi.

—Todavía no había nacido —respondió el cordero.

—¡Pues fue tu padre, entonces, el que habló mal de mí!
—insistió, el lobo. Y cogiéndole le devoró con injusta muerte.

Esta fábula está escrita para aquéllos que con falsos motivos oprimen a los inocentes.

EL PERRO QUE SOLTÓ SU PRESA POR OTRA

CUANDO CRUZABA A NADO UN RÍO, llevando un trozo de carne, un perro vio en el espejo de las aguas su retrato. Creyendo que se trataba de otra presa llevada por otro perro, quiso arrebatársela.

Pero su avaricia fue engañada, pues no sólo soltó la comida de la boca, sino que tampoco pudo alcanzar la que deseaba.

Quien ansía lo de otro, pierde con justicia lo propio.

LA ZORRA Y EL CUERVO

AQUEL QUE SE ALEGRA DE SER ALABADO con palabras engañosas, sufre el castigo de un cruel arrepentimiento.

Al querer el cuervo, encaramado en la copa de un árbol, comerse un queso robado de una ventana, vio la zorra y empezó a hablarle de esta manera:

—¡Qué brillo tienen tus plumas, oh, cuervo! ¡Cuánta hermosura tu cuerpo y tu rostro! ¡Si tuviera voz, ningún ave te aventajaría!

El cuervo, neciamente, quiso probar su voz, y dejó caer el queso del pico, atrapándole vivamente la astuta zorra con sus ávidos dientes. Sólo entonces gimió el cuervo estúpido por haberse dejado engañar.

Esta historia enseña cuánto vale el ingenio: siempre el saber prevalece sobre la fuerza.

EL ZAPATERO METIDO A MÉDICO

UN MAL ZAPATERO COMIDO POR LA MISERIA, púsose a ejercer la Medicina en un país donde no era conocido, y vendiendo un antídoto con nombre inventado adquirió gran fama gracias a sus discursos charlatanescos.

Habiendo el rey de aquel país caído en el lecho con una grave enfermedad, con el fin de probar su saber, pidió una copa y llenóla de agua, fingiendo mezclar un veneno con el antídoto del médico; luego ordenó a éste que bebiera también la poción, ofreciéndole un premio.

El temor a morir hizo confesar a nuestro zapatero que su celebridad se debía, no a sus conocimientos médicos; sino a la estupidez del vulgo.

Convoco el rey la asamblea del pueblo, y dijo estas palabras:

—¡Hasta dónde llega vuestra falta de sentido, oh ciudadanos, cuando no dudáis en confiar vuestras cabezas a quien nadie quiso dar a calzar los pies!

Yo diría que esta historia se aplica a aquellos cuya estupidez sirve de provecho a los desvergonzados.

EL ASNO Y EL VIEJO

CON HARTA FRECUENCIA, cuando hay cambio de gobierno, sólo muda para los pobres el nombre del amo. Esta breve fábula enseña la verdad que digo.

Un tímido anciano apacentaba un asno en un prado. Aterrado por el súbito clamor del enemigo, aconsejó al asno que huyera para que no pudieran cogerlo.

—Dime —respondió éste con indiferencia : ¿crees que el vencedor ha de ponerme dos albardas?

Negó el viejo.

—Luego, ¿qué me importa a mí a quién sirva teniendo que llevar la misma carga?

LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

NO SE DEBE PERJUDICAR A NADIE; si alguien nos ha lesionado, debemos aplicarle la ley del talión, según enseña esta fábula.

Dícese que una zorra invitó la primera a una cigüeña a cenar con ella, sirviéndole una porción sobre un mármol liso, de modo que la famélica cigüeña no pudiera en modo alguno tomarla.

Esta, al devolver a la zorra su convite, sirvióle una vasija de vidrio llena de manjar machacado. Pudo la cigüeña, introduciendo el pico en el cuello de la botella, saciarse, atormentando con el hambre a su convidada; en vano ésta lamía el cuello de la vasija. Y el pájaro viajero habló, según se cuenta, de esta manera:

—¡Cada cual debe sobrellevar pacientemente sus propios ejemplos!

LA MOSCA Y LA MULA

PAROSE UNA MOSCA EN LA LANZA de un carro e increpó a la mula:

—¡Qué lenta eres! ¿No quieres andar más de prisa? ¡Cuida que no pique tu cuello con mi aguijón!

Contesta la mula:

—Tus palabras no me conmueven; a aquél que va sentado en la delantera sí temo, pues con su látigo flexible gobierna mi espalda y mi boca sujeta con el freno bañado en espuma. Vete, pues, con tu frívola insolencia, que yo sé muy bien cuándo debo ir despacio y cuándo corriendo.

Con esta fábula puede quedar mercedamente en ridículo aquél que, no siendo nada, se entrega a vanas amenazas.

LOS ZANGANOS Y LAS ABEJAS

CONSTRUYERON LAS ABEJAS SUS PANALES EN LO ALTO DE UNA encina; los zánganos parásitos decían que eran suyos. Fue llevado el litigio a la justicia, haciendo de juez la avispa, la cual, conociendo perfectamente a una y otra especie, a ambas partes propuso esta diligencia:

—Vuestro cuerpo es parecido y el color semejante; de suerte que con justa razón surge la duda. Mas para que mi conciencia no cargue con un yerro, tomad unas colmenas y destilad la miel en celdillas de cera, de modo que por el sabor de la miel y la forma de los panales, por los cuales se litiga, a su autor se conozca.

Rehúsan los zánganos y aceptan las abejas; entonces la avispa termina el pleito con esta sentencia:

—Ya está averiguado quién pudo y quién no pudo hacer el panal; así, devuelto a las abejas el fruto de su trabajo.

Yo habría pasado en silencio esta fábula, si los zánganos no hubiesen faltado a la fidelidad de lo pactado.

EL CABALLO Y EL JABALÍ

EN UN VADO DONDE EL CABALLO ACOSTUMBRABA APAGAR SU SED, un jabalí, revolcándose, enturbió el agua; de aquí una disputa.

El animal de pie ruidoso, irritado contra la fiera, pidió auxilio al hombre, y, alzándole sobre su lomo, se volvió hacia el enemigo.

Después de haber matado el jinete con sus flechas al jabalí, dícese que habló así al caballo:

—Me alegro de haberle prestado auxilio como me pedías, pues he cogido una presa y he conocido tu utilidad.

Y obligó al caballo, mal de su agrado, a aceptar el freno. Este, entonces, dijo pesaroso:

—¡Buscaba, insensato, la venganza de una injuria leve, y hallé la esclavitud!

Esta fábula enseñara a los iracundos, que vale más dejar impune una ofensa que entregarse al poder ajeno.

LA MOSCA Y LA HORMIGA

DISPUTABAN AGRIAMENTE UNA MOSCA Y UNA HORMIGA sobre la superioridad de ambas. La mosca púsose a hablar así la primera:

—¿Puedes comparar tus méritos a los míos? Donde se hacen los sacrificios, gusto las primeras entrañas de las víctimas; vivo en los altares y recorro a fondo los templos de los dioses; me siento cuando me place en la cabeza de los reyes y recojo los castos besos de las matronas; en nada trabajo, y gozo de las cosas mejores. ¿Qué te sucede a ti, rústica, que pueda parecerse a esto?

—Es halagador, sin duda, ser el comensal de los dioses, mas para aquel que es invitado, no para el intruso importuno; frecuentas los altares, pero te arrojan en cuanto llegas, recuerdas a los reyes y los besos de las matronas: sólo te falta vanagloriarse de aquello que el pudor debe callar; en nada trabajas, cierto, y así cuando te hallas en la necesidad, nada tienes. Cuando yo guardo aplicada el grano para el invierno, a ti te veo alrededor de los muros de la ciudad alimentándote en el estiércol. Me atontas en verano con tus zumbidos, más llegado el invierno guardas silencio cuando los fríos te condenan a morir encogida, yo me abrigo sana y salva en mi casa, abundantemente provista. ¡Bastante, en verdad, he rebatido tu orgullo!

Distingue esta fábula los caracteres de quienes se adornan con falsos méritos, de los de aquellos otros cuyas cualidades refulgen con sólido brillo.

III

LA FONTAINE

EL ASNO VESTIDO CON LA PIEL DEL LEÓN

DISFRAZADO EL ASNO CON LA PIEL DE UN LEÓN, sembraba el terror en cien leguas a la redonda.

Y así, este animal sin coraje, hacía temblar de pavor a todo el mundo.

Mas para desgracia suya se le vio la oreja, descubriendo un campesino el engaño y el error al mismo tiempo. Y, agarrando el labrador un palo, asombró, a quienes no conocían la trampa ni la malicia, viendo al rústico correr al león a palos hacia su molino.

Muchas gentes hay arrogantes, para las cuales es familiar este cuento: arreos de caballero y espada al cinto, forman los dos tercios de su prestancia.

LA ZORRA, EL LOBO Y EL CABALLO

UNA ZORRA, AUNQUE JOVEN, ERA DE LAS MÁS ASTUTAS. Encontró un día el primer caballo que veía en su vida. Y a cierto lobo que era un novicio, va y le dice:

—Ven corriendo, compañero. He visto a un animal grande y

hermoso pastando en nuestros prados. ¡Todavía me bailan los ojos de contento!

—¿Es más fuerte que nosotros? —preguntó el lobo riendo—. Trázame su retrato.

—Si fuera un pintor o un estudiante, te adelantaría el gozo que tendrás cuando lo veas —replicó la zorra—. Pero ven. ¿Quién sabe si no es una presa que la suerte nos envía?

Parten los dos, y el caballo, muy poco curioso por contemplar a semejantes amigos, a punto estuvo de tomar las de Villadiego.

—Señor —díjole la zorra—: vuestros humildes servidores desearían saber vuestro nombre.

El caballo, al que no le faltaba seso, les contestó:

—Vosotros mismos podéis leer mi nombre, caballeros; mi zapatero lo ha escrito en la suela.

La zorra se excusó a causa de sus pocas luces:

—Mis padres no me han llevado al colegio; son pobres y no poseen más que un agujero. Pero los de mi amigo el lobo, que son unos grandes señores, le han enseñado a leer.

El lobo, halagado por estas palabras, se acercó al caballo; pero su curiosidad le costó cuatro dientes que le arrancó de una coz, mientras su autor volvía grupas. Ved al lobo por tierra, dolorido, sangrante y estropeado.

—Hermano —dícele la zorra—: *esta lección justifica lo que me han dicho personas inteligentes: ese animal te ha escrito en el hocico que el prudente desconfía de lo desconocido.*

EL RATÓN CORTESANO Y EL CAMPESTRE

I NVITÓ EL RATÓN CORTESANO AL RATÓN CAMPESTRE con mucha deferencia a un banquete de huesos de exquisitos pajarillos. Sirviendo de mantel un tapiz de Turquía, fácil es comprender la

vida regalada de los dos amigos. Pero alguien turbó el festín en el mejor momento.

En la puerta de la sala, oyeron de pronto un ruido; huye el ratón cortesano, seguido de su compañero. Cesa el ruido se va la gente; vuelven a la carga los ratones. Y dice el ratón ciudadano:

—Terminemos el banquete.

—No, basta —responde el rústico; ven mañana a mis dominios; aunque no me jacto de dar en ellos vuestros festines de rey, nadie me interrumpe, pudiendo comer tranquilo. ¡Adiós, amigo!

¡Poco vale el placer cuando el temor lo amarga!

EL ASNO CARGADO DE SAL Y EL ASNO CARGADO DE ESPONJAS

U N ARRIERO CON SU VARA EN LA MANO CONDUÍA, como un emperador de Roma, dos caballerías de largas orejas. Una, cargada de esponjas, caminaba como un caballo de silla. La segunda avanzaba lentamente, como si llevara huevos: su carga era de sal.

Nuestros tres caminantes, recorriendo montes, valles y caminos, al fin llegaron al vado de un río. El arriero, que todos los años lo atravesaba, montó sobre el asno cargado de esponjas, echando delante a la otra bestia, la cual, tozuda como ella sola, se precipitó en un agujero; pero al fin pudo salvarse porque, luego de unas brazadas, la sal se disolvió por completo y el asno se sintió ligero sin carga sobre su lomo.

El compañero siguió su ejemplo, como carnero que sigue a otro. He aquí nuestro segundo asno al agua; hasta el cuello ya se hundió; el borrico, el arriero y las esponjas empiezan a tragar agua a cual más y mejor, Mas las esponjas tragaron tanta y aumentó de tal modo su peso, que el asno no pudo ganar la orilla. Abraza-

do el arriero al borrico, esperaba una muerte pronta y segura cuando alguien acudió en su socorro; quién fuera, eso no importa.

Basta con haber aprendido que no debemos proceder todos de igual manera.

LA COMADREJA EN EL GRANERO

LA SEÑORITA COMADREJA, DE CUERPO LARGO Y FINO, penetró en un granero por un agujero muy estrecho. Acababa de estar enferma; pero allí, entregada a sus anchas a la buena vida, royó y comió sin tasa. ¡Dios sabe la carne y el tocino que en trance tal perecieron! En fin, al cabo de la semana, vedla gorda, henchida, mofletuda. Pero de pronto oye un ruido y quiere salir por el agujero; mas, como no lo consigue, cree haberse engañado; busca por todas partes y el cabo exclama:

—¡Ese es el sitio! ¡Qué sorpresa! ¡Si entré por aquí hace cinco o seis días!

Un ratón que la contemplaba se le acerca y le dice:

—¡Entonces tenías la panza más ligera!

Esto podría aplicarse a muchos; pero no confundamos, por profundizar, unas historias con otras.

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS

UN BORRICO CARGADO DE RELIQUIAS se imaginó que era a él a quien las gentes adoraban. Y poseído de esta idea, caminaba con aire altivo, recibiendo como propios los cánticos y el incienso.

Uno que vio su error, se le acercó y le dijo:

—¡Señor asno, desechad de vuestro espíritu una vanidad tan

insensata! No es a vos, sino al ídolo, a quien tanta gloria se ofrenda.

De un magistrado ignorante, es la toga lo importante.

LA JUNTA DE LOS RATONES

UN GATO LLAMADO RODILARDO HACÍA TAL MATANZA DE RATONES, que apenas se veía uno, de tantos como había metido en sepultura. Los pocos que aún quedaban, sin atreverse a salir de su agujero se hallaban reducidos a comer su hambre. A sus ojos, Rodilardo pasaba no por un gato, sino por un diablo carnicero.

Una noche que Rodilardo partió hacia los tejados en busca de su dama, y mientras con ésta se entregaba descuidado a la orgía, los ratones tuvieron junta en un rincón sobre su necesidad urgente. Desde el principio el decano, varón más que prudente, sostuvo que tarde o temprano había que colgar un cascabel del cuello de Rodilardo, de modo que cuando éste partiera en guerra contra ellos, pudieran todos esconderse bajo tierra advertidos de su presencia. Tal era el remedio, y no sabía otro.

Fueron todos de la misma opinión; nada les pareció más a propósito. Sólo había una dificultad: poner el cascabel al gato. Un ratón dijo: ¡Yo, por mí, no voy; no soy un tonto! Y añadió el siguiente:

—¡Yo no sabría hacerlo! De tal manera que al fin se separaron sin adoptar acuerdo.

Muchas vanas reuniones así he visto, y no de ratones, sino de grandes personajes. Para deliberar, la corte está llena de consejeros para cumplir, nunca nadie comparece.

IV IRIARTE

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA

TRABAJANDO UN GUSANO SU CAPULLO,
la araña, que tejía a toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
—¿Qué dice de tal tela el señor gusano?
Esta mañana la empecé temprano,
y ya estará acabada al mediodía.
—¡Mire qué sutil es, mire qué bella!...
El gusano con sorna respondía:
—Usted tiene razón; así sale ella.

*Se ha de considerar la calidad de la obra y no
el tiempo que se ha tardado en hacerla.*

EL BURRO FLAUTISTA

ESTA FABULITA
salga bien o mal
me ha ocurrido ahora
por casualidad.

Cerca de unos prados
 que hay en mi lugar,
 pasaba un borrico
 por casualidad.
 Una flauta en ellos
 halló, que un zagal
 se dejó olvidada
 por casualidad.
 Acercóse a olerla
 el dicho animal,
 y dio un resoplido
 por casualidad.
 En la flauta el aire
 se hubo de colar,
 y sonó la flauta
 por casualidad.
 «¡Oh! –dijo el borrico–.
 ¡Qué bien sé tocar!
 ¿Y dirán que es mala
 la música asnal?».
 Sin reglas del arte
 borriquitos hay
 que una vez aciertan
 por casualidad.

Sin reglas del arte, el que en algo acierta es por casualidad.

LOS DOS CONEJOS

POR ENTRE UNAS MATA,
 seguido de perros
 (no diré corría),
 volaba un conejo.

De su madriguera
 salió un compañero,
 y le dijo: «Tente,
 amigo, ¿qué es esto?».
 –¿Qué ha de ser? –responde.
 Sin aliento llego...
 Dos pícaros galgos
 me vienen siguiendo.
 –Sí –replica el otro–,
 por allí los veo...
 Pero no son galgos.
 –Pues ¿qué son? –Podencos.
 –¡Qué! ¿Podencos dices?
 –Sí, como mi abuelo.
 –Galgos y muy galgos:
 bien visto lo tengo,
 –Son podencos; vaya,
 que no entiendes de eso.
 –Son galgos, te digo.
 Digo que podencos.
 En esta disputa
 llegaron los perros,
 pillan descuidados
 a mis dos conejos.

Los que por cuestiones
 de poco momento
 dejan lo que importa,
 llévense este ejemplo.

*No debemos detenernos en cuestiones frívolas,
 olvidando el asunto principal.*

LA ABEJA Y EL CUCLILLO

SALIENDO DEL COLMENAR,
dijo al cuclillo* la abeja:
«Calla, porque no me deja
tu ingrata voz trabajar.
«No hay ave tan fastidiosa
en el cantar como tú:
Cucú, cucú y más cucú,
y siempre una misma cosa».
«¿Te cansa mi canto igual?
(el cuclillo respondió).
Pues a fe que no hallo yo
variedad en tu panal».
«Y pues que del propio modo
fabricas uno que ciento,
si yo nada nuevo invento,
en ti es viejísimo todo».
A esto la abeja replica:
«En obra de utilidad,
la falta de variedad
no es lo que más perjudica».
«Pero en obra destinada
sólo al gusto y diversión,
si no es varia la invención,
todo lo demás es nada».

*La variedad es requisito indispensable en las
obras de gusto.*

* Cuclillo: Pájaro trepador parecido a la tortola.

LA RANA Y EL RENACUAJO

EN LA ORILLA DEL TAJO
hablaba con la rana el renacuajo,
alabando las hojas, la espesura
de un cañaveral y su verdura.
Mas luego que del viento
el ímpetu violento
una caña abatió, que cayó al río,
en tono de lección dijo la rana:
«Ven a verla, hijo mío:
por de fuera muy tersa, muy lozana;
por dentro toda fofa, toda vana».
Si la rana entendiera poesía
también de muchos versos lo diría.

¡Qué despreciable es la poesía de mucha hojarasca!

LA COMPRA DEL ASNO

AYER POR MI CALLE
pasaba un borrico,
el más adornado
que en mi vida he visto.
Albarda y cabestro
eran nuevecitos,
con flecos de seda
rojos y amarillos.
Borlas y penacho
llevaba el pollino,
lazos, cascabeles
y otros atavíos.
Y hechos a tijera,

con arte prolijo,
 en pescuezo y anca
 dibujos muy lindos.
 Parece que el dueño,
 que es, según me han dicho,
 un chalán gitano*
 de los más ladinos,
 vendió aquella alhaja
 a un hombre sencillo
 y añaden que al pobre
 le costó un sentido.
 Volviendo a su casa,
 mostró a sus vecinos
 la famosa compra,
 y uno de ellos dijo:
 Veamos, compadre,
 si este animalito
 tiene tan buen cuerpo
 como buen vestido.
 Empezó a quitarle
 todos los aliños,
 y bajo la albarda,
 al primer registro,
 le hallaron el lomo
 asaz malherido,
 con seis mataduras
 y tres lobanillos,
 amén de dos grietas
 y un tumor antiguo
 que bajo la cincha
 estaba escondido.

* Chalán: comerciante en caballos.

—¡Burro —dijo el hombre—
 más que el burro mismo
 soy yo, que me pago
 de adornos postizos!
 A fe que este lance
 no echaré en olvido;
 pues viene de molde
 a un amigo mío,
 el cual a buen precio
 ha comprado un libro
 bien encuadernado
 que no vale un pito.

Es ser muy necio comprar libros sólo por la encuadernación.

LA CRIADA Y LA ESCOBA

CIERTA CRIADA LA CASA BARRÍA
 con una escoba muy puerca y muy vieja.
 —Reniego yo de esta escoba —decía—:
 con su basura y pedazos que deja
 por donde pasa,
 aún más ensucia que limpia la casa.
 Los remendones, que escritos ajenos
 corregir piensan acaso de errores,
 suelen dejarlos diez veces más llenos...
 Mas no haya miedo que de estos señores
 diga yo nada:
 que se lo diga por mí la criada.

*Hay correctores de obras ajenas que añaden
 más errores de los que corrigen.*

EL BURRO DEL ACEITERO

EN CIERTA OCASIÓN, UN CUERO
 lleno de aceite llevaba
 un borrico que ayudaba
 en su oficio a un aceitero.
 A paso un poco ligero
 de noche en su cuadra entraba,
 y de una puerta en la aldaba
 se dio el portazo más fiero.
 –¡Ay! –clamó–. ¿No es cosa dura
 que tanto aceite acarree y
 tenga la cuadra oscura?
 Me temo que se mosquee
 de este cuento quien procura
 juntar libros que no lee.
 ¿Se mosquea? Bien está. Pero este tal,
 ¿por ventura mis fábulas leerá?

A los que juntan muchos libros y ninguno leen.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA

AUNQUE LAS DOS PICAMOS (dijo un día
 la víbora a la simple sanguijuela),
 de tu boca reparo que se fía
 el hombre, y de la mía se recela.
 La chupona responde: –Ya, querida,
 mas no picamos de la misma suerte:
 yo, si pico a un enfermo, le doy vida.
 Tú, picando al más sano, le das muerte.
 Vaya ahora de paso una advertencia:

muchos censuran, sí, lector benigno;
 pero a fe que hay bastante diferencia
 de un censor útil a un censor maligno.

No confundamos la buena critica con la mala.

V SAMANIEGO

EL ASNO Y EL COCHINO

ENVIDIANDO LA SUERTE DEL COCHINO,
un asno maldecía su destino.
–Yo –decía– trabajo y como paja;
él come harina, berza, y no trabaja:
a mi me dan de palos cada día;
a él le rascan y halagan a porfía.
Así se lamentaba de su suerte;
pero luego que advierte
que a la pocilga alguna gente avanza,
en guisa* de matanza,
armada de cuchillo y de caldera,
y que con maña fiera
dan al gordo cochino fin sangriento,
dijo entre sí el jumento:

*Si en esto para el ocio y los regalos,
al trabajo me atengo y a los palos.*

* En guisa: con intenciones, a la manera de.

LA LECHERA

LLEVABA EN LA CABEZA
 una lechera el cántaro al mercado,
 en aquella presteza,
 aquel aire sencillo, aquel agrado,
 que va diciendo a todo el que lo advierte:
 –¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
 Porque no apetecía su pensamiento,
 que alegre la ofrecía
 inocentes ideas de contento,
 marchaba sola la feliz lechera,
 y decía entre sí de esta manera:
 –Esta leche vendida,
 en limpio me dará tanto dinero,
 y con esta partida
 un canasto de huevos comprar quiero,
 para sacar cien pollos, que al estío
 me rodeen cantando el *pío, pío*.
 “Del importe logrado
 de tanto pollo mercaré un cochino;
 con bellota, salvado,
 berza, castaña, engordará sin tino;
 tanto, que puede aser que yo consiga
 ver cómo se le arrastra la barriga”.
 “Llevarélo al mercado;
 sacaré de él sin duda buen dinero:
 compraré de contado una robusta vaca y un ternero,
 que salte y corra toda la campaña,
 hasta el monte cercano a la cabaña”.
 Con este pensamiento
 enajenada, brinca de manera,
 que a su salto violento

el cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
 ¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
 huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
 ¡Oh, loca fantasía,
 que palacios fábricas en el viento!
 Modera tu alegría;
 no sea que saltando de contento,
 al contemplar dichosa tu mudanza,
 quiebre su cantarillo la esperanza.
 No seas ambiciosa
 de mejor o más próspera fortuna;
 que vivirás ansiosa
 sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el bien futuro;
 mira que ni el presente está seguro.*

LA ZORRA Y LAS UVAS

ES VOZ COMÚN QUE A MÁS DEL MEDIODÍA,
 en ayunas la Zorra iba cazando;
 halla una parra; quédase mirando
 de la alta vid el fruto que pendía.
 Causábala mil ansias y congojas
 no alcanzar las uvas con la garra,
 al mostrar a sus dientes la alta parra
 negros racimos entre verdes hojas.
 Miró, saltó y anduvo en probaduras;
 pero vio el imposible ya de fijo.
 Entonces fue cuando la Zorra dijo:
 “No las quiero comer. No están maduras”.

No por eso te muestres impaciente,

*si se te frustra, Fabio, algún intento.
Aplica bien el cuento,
y di: No están maduras, frescamente.*

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

ERASE UNA GALLINA QUE PONÍA un huevo de oro al dueño cada día. Aun con tanta ganancia malcontento, quiso el rico avariento descubrir de una vez la mina de oro y hallar en menos tiempo más tesoro. Matóla; abrióla el vientre de contado; pero después de haberla registrado, ¿qué sucedió? Que muerta la gallina, perdió su huevo de oro y no halló mina.

*¿Cuántos hay que, teniendo lo bastante,
enriquecerse quieren al instante,
abrazando proyectos
a veces de tan rápidos efectos,
que solo en pocos meses,
cuando se contemplaban ya marqueses,
contando sus millones,
se vieron en la calle sin calzones!*

LAS MOSCAS

EN PANAL DE RICA MIEL dos mil moscas acudieron que por golosas murieron,

presas de patas en él.
Otra dentro de un pastel
enterró su golosina.

*Así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que los domina.*

EL PESCADOR Y EL PEZ

RECOGE UN PESCADOR SU RED TENDIDA y saca un pececillo. “¡Por tu vida, exclamó el inocente prisionero, dame la libertad! Sólo la quiero, mira que no te engaño, porque ahora soy ruín: dentro de un año sin duda lograrás el gran consuelo de pescarme más grande que mi abuelo. “¡Qué! ¿Te burlas? ¿Te ríes de mi llanto? Sólo por otro tanto, a un hermanito mío un señor pescador lo tiró al río”. “¿Por otro tanto al río? ¡Qué manía!, replicó, el pescador. ¿Pues no sabía que el refrán castellano dice: *Más vale pájaro en la mano?*... ¡A sartén te condeno, que mi panza no se llena jamás con la esperanza!”.

EL ASNO Y EL CABALLO

“**A**Y! ¡QUIÉN FUESE CABALLO!”,
 un asno melancólico decía.
 “¡Entonces si que nadie me vería
 flaco, triste y fatal como me hallo!
 Tal vez un caballero
 me mantendría ocioso y bien comido,
 dándose su merced por bien servido
 con corvetas y saltos de carnero.
 Trátanme ahora como vil y bajo;
 de risa sirve mi contraria suerte;
 quién me apalea más, más se divierte,
 y menos como, cuanto más trabajo.
 ¡No es posible encontrar sobre la Tierra
 infeliz como yo!”.
 Tal se juzgaba,
 cuando al caballo ve cómo pasaba
 con su jinete y armas a la guerra.
 Entonces conoció su desatino;
 riose de corvetas y regalos,
 y dijo: “¡Qué trabaje y lluevan palos!
 ¡No me saquen los dioses de pollino!”

LA ZORRA Y LA GALLINA

UNA ZORRA, CAZANDO,
 de corral en corral iba saltando
 a favor de la noche en una aldea.
 Oye al gallo cantar, ¡maldito sea!
 Agachada y sin ruido,
 a merced del olfato y del oído,
 marcha, llega, y, oliendo un agujero,

“¡Este es!”, dice y se cuela al gallinero.
 Las aves se alborotan, menos una
 que estaba en cesta, como niño en cuna,
 enferma gravemente.
 Mirándola la zorra astutamente,
 le pregunta: “¿Qué es esto, pobrecita?
 ¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
 ¡Habla! ¿Cómo lo pasas, desdichada?”.
 La enferma le responde apresurada:
 “Muy mal me va, señora, en este instante:
 muy bien si usted se quita de delante”.

*¡Cuántas veces se vende un enemigo,
 como gato por liebre, por amigo!
 Al oír su fingido cumplimiento,
 Respondiérale yo, para escarmiento:
 ¡Muy mal me va, señora, en este instante!
 ¡Muy bien si usted se quita de delante!*

LA ALFORJA

EN UNA ALFORJA AL HOMBRO
 llevo los vicios:
 los ajenos delante,
 detrás los míos.

*Esto hacen todos:
 así ven los ajenos,
 mas no los propios.*

LOS DOS PERROS

SULTÁN, PERRO GOLOSO Y ATREVIDO,
 en su casa robó, por un descuido,
 una pierna excelente de carnero.
 Pinto, gran tragador, su compañero,
 le encuentra con la presa encarnizado
 ojo al través, colmillo acicalado,
 fruncidas las narices y gruñendo.
 “¿Qué cosa estás haciendo,
 desgraciado *Sultán*?” –*Pinto* le dice–.
 “¿No sabes, infelice,
 que un perro infiel, ingrato,
 no merece ser perro, sino gato?
 ¿Al amo que nos fía
 la custodia de casa noche y día,
 nos halaga, nos cuida y alimenta,
 le das tan buena cuenta
 que le robas goloso
 la pierna del carnero más jugoso?
 Como amigo te ruego
 no la maltrates más; déjala luego”.
 “Hablas” –dijo *Sultán*– “perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 para seguir al punto tu consejo:
 di: ¿te la comerás si yo la dejo?”.

*Procure ser en todo lo posible
 el que ha de reprender, irreprensible.*

EL JOVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS

UN JOVEN, EDUCADO
 con el mayor cuidado
 por un viejo, filósofo profundo,
 salió por fin a visitar el mundo.
 Concurrió cierto día,
 entre civil y alegre compañía,
 a una mesa abundante y primorosa.
 “¡Espectáculo horrendo! ¡Fiera cosa!
 ¡La mesa de cadáveres cubierta
 y a la vista del hombre! ¡Y éste acierta
 a comer los despojos de la muerte!
 El joven declamaba de esta suerte.
 Al son de filosóficas razones
 devorando perdices y pichones,
 le responden algunos concurrentes:
 “Si usted ha de vivir entre las gentes,
 deberá hacerse a todo”.
 Con un gracioso modo,
 alabando el bocado de exquisito,
 le presentan un gordo pajarito.
 “Cuando usted ha exclamado será cierto;
 mas, en fin” –le decían–, “ya está muerto.
 ¡Pruébalo, por su vida! Considere
 que otro lo comerá si no lo quiere”.
 La ocasión, las palabras, el ejemplo
 y, según yo contemplo,
 yo no sé qué olorcillo
 que exhalaba el caliente pajarillo,
 al joven persuadieron de manera
 que al fin se lo comió. “¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado a un inocente!”.

Así clamaba, pero fríamente.
 Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
 con más facilidad cayó de nuevo.
 La ocasión se repite
 de uno en otro convite,
 y de una codorniz a una becada*,
 llegó el joven, al fin de la jornada,
 olvidando sus máximas primeras,
 a ser devorador como las fieras.

*De esta suerte los vicios se insinúan,
 crecen, se perpetúan
 dentro del corazón de los humanos,
 hasta ser sus señores y tiranos.
 Pues ¿qué remedio? ¡Incantos jovencitos,
 contad con los primeros pajaritos!*

LA ZORRA Y EL CHIVO

UNA ZORRA CAZABA,
 y al seguir a un gazapo**
 entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
 en un pozo cayó que al paso estaba.
 Cuando más le afligía su tristeza
 por no hallar la infeliz salida alguna,
 vio asomarse al brocal, por su fortuna,
 del chivo padre la gentil cabeza.
 –¿Qué tal? –dijo el barbón–. ¿El agua es salada?
 –Es tan dulce, tan fresca y deliciosa,
 –respondió la raposa–.

que en tal pozo estoy como encantada.
 Al agua el chivo se arrojó sediento.
 Monta sobre él la zorra, de manera
 que, haciendo de sus cuernos escalera,
 pilla el brocal y sale en el momento.
 Quedo él pobre atollado. ¡Cosa dura!

*Más ¿quién podrá a la zorra dar castigo,
 cuando el hombre, aun a costa de su amigo,
 del peligro mayor salir procura?*

LOS DOS GALLOS

HABIENDO A SU RIVAL VENCIDO UN GALLO,
 quedó entre sus gallinas victorioso,
 más grave, más pomposo
 que el mismo Gran Sultán en su serrallo.
 Desde un alto pregona vocinglero
 su gran hazaña. El gavián lo advierte,
 le pilla, le arrebató, y por su muerte
 quedó el rival señor del gallinero.

*Consuela al abatido tal mudanza:
 sirva también de ejemplo a los mortales
 que se juzgan exentos de los males
 cuando se ven en próspera bonanza.*

* Becada: ave zancuda.

** Gazapo: conejo pequeño.

VI TOLSTOI

EL TRAJE NUEVO DEL ZAR

HABÍA UNA VEZ UN ZAR AL QUE LE GUSTABAN MUCHO los trajes hermosos, y sólo pensaba en vestirse del mejor modo posible.

Cierto día, dos sastres fueron a verle y le dijeron:

—Podemos hacerte un traje tan hermoso como nadie ha tenido en ninguna época y además tiene la ventaja que aquél que sea necio y no sea digno del cargo que ocupa, no podrá verlo. Sólo el inteligente será capaz de ver el traje.

El zar se alegró al oír la oferta de los sastres y les encargó el vestido.

Se dieron a los sastres piezas de paño, terciopelo, seda, todo muy hermoso y de gran calidad, para que empezaran a confeccionar el traje.

Ocho días pasaron: el zar envió a su ministro para saber como andaban los trabajos de confección.

El ministro llegó y pidió el traje a los sastres, que le respondieron que ya estaba listo, mostrándoles para que lo vieran un lugar vacío.

El ministro, que sabía que aquél que fuera necio e indigno de su puesto no será capaz de ver aquel traje, fingió verlo y les felicitó.

El zar se hizo llevar el traje. Se lo presentaron, designándole para que lo viera un lugar vacío.

El zar también fingió ver el traje nuevo; se quitó el que llevaba y ordenó que le pusieran aquellas prendas magníficas.

Cuando el soberano salía de paseo por la ciudad, todo el mundo veía que iba desnudo, pero nadie se atrevía a decirlo, sabiendo que únicamente los necios no podían ver el traje, y cada cual pensaba que era él sólo quien lo veía.

El zar se paseaba por la ciudad y todos sus súbditos admiraban el nuevo traje.

De pronto un niño se fijó en el zar y dijo:

—¡Mirad! ¡El zar se pasea desnudo por la ciudad!

El soberano sintió que la vergüenza se apoderaba de él, y todo el mundo comprendió que, efectivamente, el zar iba desnudo por la calle.

EL PAPEL MÁS DIFÍCIL

UN MARIDO Y SU MUJER SOLÍAN DISPUTAR porque el marido se empezaba en decir que su trabajo era más difícil de realizar que el de su mujer, ya que las mujeres no servían para nada.

Un día de verano cambiaron de ocupaciones: la mujer se fue al campo y el marido quedó en casa,

—¡Fíjate bien! le dijo la mujer antes de salir—.

Que salgan a su hora las vacas y los corderos, da de comer a los pollos, cuidando de que no se extravíen, prepara la comida, trabaja la estopa y bate la manteca y sobre todo no te olvides de amontonar el mijo*.

La mujer se marchó.

Antes de que el mujik** hubiera pensado en soltar el gana-

do, los demás animales estaban muy distantes y pudo alcanzarlos con trabajo.

Volvió a casa y para que las aves de rapiña no pudieran llevarse los pollos, los ató uno a otro y fijó el extremo de la cuerda a una pata de la madre.

Se había dado cuenta que su mujer, mientras amontonaba el mijo, hacía la pasta y quiso hacer como ella. Y para poder batirla manteca al mismo tiempo se sujeto a la cintura el bote de crema.

Cuando el maíz esté dispuesto, la manteca también estará lista —pensaba.

Y apenas había comenzado aquella triple faena, cuando se oyó el «co—co—co» de la gallina y el agudo piar de los pollos.

Quiso correr para ver qué ocurría en el patio, pero tropezó, cayó y el bote de la crema se hizo pedazos.

Cuando salió del corral pudo ver cómo un enorme milano* se llevaba en el pico los pollos y la gallina. Mientras el hombre se quedaba con la boca abierta, un puerco entró rápido en la casa y derribando la artesa esparció la masa y se la comió.

Otro puerco se metió en el mijo.

Viendo tantas desgracias, el hombre no sabía cuál de ellas reparar.

Cuando volvió la mujer, miró el patio y no vio a los pollos. A toda prisa bajó del caballo y entró en la casa.

—¿Dónde están los pollos y la gallina?

—Un milano se los llevó, los había atado a la gallina para que no se extraviara, pero el milano era muy grande y cargó con todos.

—¿Está lista la comida?

—¿Qué comida? El fuego se apagó, ya lo ves.

—¿Batiste la manteca?

—No, corriendo por el patio, resbalé, caí, el bote se rompió y los perros se comieron la crema.

* Mijo: planta gramínea parecida al maíz.

** Mujik: campesino ruso.

* Milano: ave rapaz.

—Y ¿qué significa toda esta masa esparcida?

—¡Los malditos puercos! Mientras estaba en el patio, entraron en la casa: uno de ellos se ha comido la masa de pan y el otro el mijo.

—¿Qué bien has trabajado! —dijo la mujer—. Yo he labrado tanto como tú cualquier día y llego buena hora.

—¡Oh! en el campo sólo hay que hacer una cosa, mientras que aquí todo debe hacerse a la vez: prepara esto, piensa en aquello, cuida lo otro.

¿Cómo entenderse?

—Yo me entiendo, y bien, todos los días. No discutamos ya más y no repitas nunca más que el trabajo de las mujeres no es nada y que lo poco que hacen es fácil.

EL HALCÓN Y EL GALLO

HABÍA UNA VEZ UN HALCÓN QUE AMABA TANTO A SU AMO que apenas éste le llamaba, cuando el animal estaba ya junto a él.

El gallo, por el contrario, huía de su dueño y gritaba cuando se le acercaba.

Dijo un día el halcón:

—Vosotros los gallos no sois agradecidos; Perteneceís a una raza servil: no os acercáis a vuestros amos más que cuando os dan comida. ¡Qué distintos de nosotros, pájaros salvajes! Somos fuertes, nuestro vuelo es más rápido que el vuestro y, sin embargo, no huimos de los hombres; por el contrario, nos posamos en sus manos cuando nos hablan y siempre nos acordamos de que los debemos nuestro alimento.

El gallo le respondió:

—No huís de los hombres, porque nunca habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros todos los días vemos un gallo en el horno.

LAS LIEBRES Y LAS RANAS

LAS LIEBRES, REUNIDAS CIERTO DÍA, se lamentaban de su suerte, —Nosotras las liebres —decían— estamos siempre expuestas a la persecución de los cazadores, de los perros, de las águilas y de todas las fieras. ¡Mejor será morir que vivir de este modo! ¡Hermanas, vamos a ahogarnos!

Y las liebres se dirigieron al estanque para llevar a cabo su proyecto de suicidio.

Las ranas, cuando oyeron a las liebres, se echaron al agua.

Entonces una de las liebres exclamó:

—¡Alto, hermanas mías! ¡No nos ahogemos!

Ya veis que la vida de las ranas debe ser peor que la nuestra, puesto que tienen miedo de nosotras.

EL JUEZ HÁBIL

EL EMIR DE ARGEL, BAUAKAS, quiso cerciorarse de que no se exageraba al afirmar que en un lugar de la provincia había un juez extraordinariamente hábil y justo, que descubría siempre la verdad hasta el punto que nadie había logrado engañarle nunca.

Bauakas se disfrazó, de comerciante y se presentó en el lugar donde habitaba el juez.

A la entrada del pueblo, se encontró con un mendigo que le pidió limosna. Bauakas le dio unas monedas, e iba a proseguir su camino cuando el mendigo le cogió por una parte de su traje.

—¿Qué quieres? —le preguntó entonces el Emir—. ¿No te he dado ya limosna?

—Me has dado limosna —respondió el mendigo—. Pero quiero que me hagas el favor de llevarme sobre tu caballo hasta la pla-

za, porque los demás caballos podrían pisotearme si tratase de llegar hasta allí por mi mismo.

Bauakas subió a la grupa al mendigo y le condujo hasta la plaza.

Allí detuvo el caballo, pero el mendigo no bajaba.

—¿Por qué no te mueves? —le dijo el Emir—. Baja, hemos llegado.

—¿Por qué he de bajar? —le replicó el mendigo este caballo es mío. Si por las buenas no me dejas, el juez decidirá.

Muchas personas los rodeaban, escuchando la discusión.

—Id a casa del juez —les gritaron—. El os pondrá de acuerdo.

Bauakas y el mendigo fueron en busca del juez.

Había mucha gente en la sala; el juez llamaba por turno a los que ante él debían comparecer.

Antes de que al Emir le llegara el turno, el juez llamó ante sí a un sabio y a un mujik. Disputaban por una mujer.

El mujik afirmaba que era la suya; el sabio sostenía lo contrario y la reclamaba porque decía que le pertenecía.

El juez, después de oírles, guardó un momento de silencio. Después dijo:

—Dejad la mujer en mi casa y volved mañana.

Cuando aquéllos partieron, entraron un carnicero y un vendedor de aceite. El carnicero estaba cubierto de manchas de sangre y el aceitero lleno de manchas de aceite.

El carnicero llevaba dinero en la mano y el aceitero estrechaba la mano del carnicero.

Este decía:

—He comprado aceite a este hombre y sacaba mi bolsa para pagarle, cuando me asió la mano para robarme el dinero; y ante ti hemos venido, yo con la bolsa y él sujetando mi mano. ¡El dinero me pertenece y él es un ladrón!

—¡No es cierto! replicó el aceitero—. El carnicero quiso com-

prarme aceite y me rogó que le cambiase una moneda de oro; tomé el dinero y lo pase sobre el mostrador.

El se apoderó entonces de la bolsa y quiso huir, pero yo le cogí de la mano y aquí estamos.

Después de una pausa respondió el juez:

—Dejad el dinero en mi casa y volved mañana.

Cuando llegó la vez a Bauakas y al mendigo, el Emir refirió cómo había ocurrido el hecho. Le oyó el juez y cuando terminó pidió al mendigo que le diera su versión.

—Nada de lo que ha dicho es cierto —replicó éste—. Yo atravesaba el lugar montado en mi caballo, cuando él me pidió que le llevase a la plaza de la ciudad. Le hice subir sobre la grupa del animal y le conduje a donde quería ir, pero una vez llegados no quiso bajar, diciendo que el caballo era suyo, lo cual no es cierto.

Después de una pausa, dijo el juez:

—Dejad el caballo en mi casa y venid aquí mañana.

Al día siguiente, una gran multitud se reunió para conocer las decisiones del juez.

Llegaron el sabio y el mujik.

—Llévate a la mujer —dijo el juez al sabio—. Y que den cincuenta azotes al mujik.

El juez llamó al carnicero.

—Tuya es la bolsa —le dijo.

Y designando al vendedor de aceite:

—Que le den cincuenta azotes —añadió.

Llegó la vez a Bauakas y al mendigo.

—¿Reconocerías a tu caballo entre otros veinte?

—preguntó el juez al Emir.

—Le reconocería.

—¿Y tú?

—También —dijo el mendigo.

—Sígueme —dijo el juez a Bauakas.

Fueron al establo; el Emir designó a su caballo entre los otros veinte.

El juez llamó en seguida al mendigo y le ordenó que dijese cuál era su animal.

El mendigo reconoció al caballo y le mostró. Volvieron todos a la sala y el juez dijo a Bauakas:

–Tuyo es el caballo. Ve por él.

E hizo dar cincuenta azotes al mendigo.

Después de esto, el juez se volvió a su casa. Bauakas le siguió.

–¿Qué quieres? –le preguntó el juez–. ¿Te desagrada mi sentencia?

–Estoy muy satisfecho de ella –dijo el Emir–. Sólo que quisiera saber cómo te has enterado de que la mujer era del sabio y no del mujik; de que la bolsa era del carnicero y no del mercader; de que el caballo me pertenecía.

–He aquí cómo supe que la mujer era del sabio: por la mañana la llamé y le dije: «Echa tinta en el tintero». Ella lo cogió, lo limpió apresuradamente y lo llenó de tinta. Esto quiere decir que estaba acostumbrada a hacerlo. Si hubiera sido la mujer de un mujik no hubiese sabido como arreglárselas. De ahí deduje que el sabio tenía razón.

«En cuanto al dinero, he aquí cómo supe la verdad: anoche puse la bolsa en un cubo de agua, y por la mañana fui a ver si en el agua flotaba aceite. Si el dinero hubiese sido del aceitero, el roce de sus manos aceitosas hubiera manchado la bolsa y algo de aceite hubiera quedado: como el agua estaba clara, el dinero pertenecía al carnicero.

«Respecto al caballo, era más difícil de resolver. El mendigo lo reconoció tan pronto como tú. Mas yo no os había sometido a la misma prueba. Os hice ir al establo para ver a quién de los dos reconocía el caballo. Cuando tú te acercaste, volvió la cabeza hacia ti, mientras que cuando se acercó el mendigo, sólo movió

la oreja y levanto la pata. He aquí cómo comprendí que tú eras el dueño del caballo».

Bauakas le dijo entonces:

–Yo no soy mercader, soy el Emir Bauakas y he venido solamente para saber si lo que de ti se hablaba era cierto. Ahora veo que eres un sabio y un hábil juez. Pídemelo lo que quieras y te lo concederé.

–Ninguna recompensa necesito –respondió el juez–. Me basta con oír tus alabanzas.

VII

BARROS GREZ

LOS DOS GALLOS

DE SUS PINTADAS PLUMAS ORGULLOSOS,
dos gallos, cierto día, se alabaron
a sí mismos los dos; y se enojaron;
y en la lucha enredáronse furiosos.
Allí, por defender, los vanidosos,
su plumaje, sin plumas se quedaron;
y en la batalla cruel, se ensangrentaron,
perdiendo sus colores primorosos.

Muchos hay que, por su honra, bravos luchan.

*Y, rabiosos, a su honra sacrifican;
pues hiriéndose, sólo a su odio escuchan.*

*Y tanto se despluman y se pican,
que, así como los gallos desplumados,
quedan al fin los pobres deshonrados.*

LA LENGUA Y EL PERIODISMO

¿QUÉ COSA ES LA MÁS BUENA Y LA MÁS MALA?
 ¿Qué cosa es la más mala y la más buena?
 «¡La lengua!, dijo Esopo, pues si suena
 en ella la verdad, nada la iguala».
 «Pero si la mentira nos propala,
 con ella el mundo de desgracias llena:
 Es lengua noble la que al mal condena,
 y vil, si contra el bien su voz exhala».
 Y si Esopo hoy viviera: ¿cuánto, cuánto
 de la lengua del pueblo, el Periodismo,
 no diría? Diríase él lo mismo:

*—El Periodismo será noble y santo,
 cuando, en voz alta, la verdad proclame:
 si proclama mentiras, será infame.*

EL ASNO CARGADO

DE ALFALFA RECIÉN SEGADA,
 cargado un asno, decía,
 mientras la alfalfa comía:
 —¡Oh! ¡Que carga tan pesada!
 Entre mascada y mascada,
 proseguía su gemir;
 y sin cesar de engullir
 manojos sobre manojos,
 clamaba, alzando los ojos:
 —¡Oh! Qué pesado es servir!

*Así hay reyes absolutos,
 que tan pesada y amarga*

*ballan del pueblo la carga,
 que la endulzan con tributos.
 Mascan los sabrosos frutos,
 sin dejarse de quejar:
 Entre el comer y el cenar,
 se van al pueblo engullendo,
 y ellos siempre repitiendo:
 «¡Qué pesado es gobernar!»*

EL EMBUSTERO Y SU MUJER

UN EMBUSTERO SE AFEITABA UN DÍA,
 en un espejo malo; y la navaja
 una mejilla, con crueldad, le taja,
 porque él su imagen no muy bien veía.
 Y viendo que el espejo le mentía.
 Agarra un palo, y al espejo maja;
 y mientras apalea, rompe y raja,
 —¡Toma, por embustero! —le decía.
 Salió su esposa y díjole. —A mi espejo,
 hombre sin caridad, así maltratas?
 Y el respondió, arrugando el entrecejo:
 —Ha mentídome, justas son mis iras!
 —Pero si a un mueble de ese modo tratas,
 di, ¿qué mereces tú por tus mentiras?

*Lector, si bien lo miras,
 verás que hasta el villano que propala
 mentiras, la mentira encuentra mala.*

EL LADRÓN Y LOS PERROS

UNA HUERTA CUIDABAN, SIEMPRE ALERTA
 dos esforzados perros; y, medrosos,
 nunca osaban entrar los codiciosos,
 pues temían haber buena reyerta.
 Mas un ladrón apareció en la puerta,
 y a los perros echó panes sabrosos;
 pelearon por la presa los golosos,
 y él hizo de las suyas en la huerta.

*A los pueblos que cuidan su derecho,
 el Gobierno pondrá mil asechanzas,
 con dádivas, promesas y esperanzas
 ¡Ay! de los que, deseando el vil provecho,
 luchan airados! Si no están alerta,
 él hará de las suyas en la huerta.*

LA FÁBULA Y SUS FABULISTAS

Género universalmente conocido y traspasado de generación a generación, la Fábula tiene tanta popularidad como pocos cultores. En efecto, cuando se habla de fabulistas célebres, la enumeración se agota rápidamente. Generalmente, los temas y los personajes de las fábulas se repiten de uno a otro, con modificaciones de lenguaje que no alteran su sentido original. La Fábula es, normalmente, una narración breve, en prosa o en verso, que ejemplifica o demuestra una lección o moraleja que los hombres debemos aprender. La precisión, la sencillez y la claridad son sus características básicas, además del ingenio que debe contener cada narración y que despierte la atracción inmediata del lector. Otra de sus características clásicas es que sus protagonistas sean animales, siendo los más comunes la zorra, el león, el ciervo, el perro, la hormiga y el cuervo. Muchos de ellos llegan a tener una caracterización o un perfil ya determinado. La zorra, por ejemplo, normalmente representa la astucia, lo ladino y lo vivaz, siendo sus valores positivos o negativos de acuerdo a cada fabulista.

Aparentemente la Fábula tiene su origen en Grecia, donde este género se transmitía oralmente, utilizado muchas veces como vehículo de enseñanza. Según Platón, Sócrates se entretenía, durante su prisión, poniendo en verso algunas de ellas que corrían de boca en boca, hasta que fueron recopiladas y escritas por Esopo. Por ser una narración breve e ingeniosa, la Fábula se mantiene vigente con los siglos, como aquella que los niños de casi todo el mundo recuerdan: durante un paseo, la zorra se encuentra botada una máscara y al verla vacía y con la

boca muy abierta deduce que su dueño es muy charlatán. O ésa en que la misma zorra encuentra la estatua de una cabeza mayor que el natural y exclama: «Una gran cabeza, pero está sin seso».

Las fábulas no son sólo privativas de Occidente por supuesto. El mismo estilo narrativo y la misma intencionalidad se encuentran profusamente en el Lejano y Medio Oriente, India, China y Japón, y en las culturas americanas.

No necesariamente todas ellas llevan esa sentencia o moraleja final, pero conservan el mismo tono pedagógico o edificante.

La presente antología incluye fábulas clásicas y otras menos conocidas de autores tradicionales, introduciendo dos contemporáneos que dedicaron parte de su obra a recrear este género: León Tolstoi y Daniel Barros Grez.

ESOPO 550 A.C. -(?)

Considerado el padre de la Fábula, Esopo es hoy un personaje legendario, de cuya existencia muchos incluso dudan. Según los datos biográficos en que hay un consenso, habría nacido en Frigia y fue esclavo de Janos o Iadmón, que fue liberto y que viajó por Oriente, Egipto y Asia, vigilando intereses de su dueño. Fue a la corte de Cresos, donde se encontró con Solón. Por orden del primero viajó hasta Delfos, llevando ofrendas a los sacerdotes, pero indignado por la avaricia y los fraudes de estos, no les hizo entrega de los regalos y les reprochó su conducta. En venganza, los sacerdotes ocultaron en el equipo de Esopo una copa de oro consagrada a Apolo, acusándolo de robo. Los delfianos, enfurecidos, lo mataron, lanzándolo desde lo alto de la roca Hiampea.

Físicamente, Esopo era feo, y contrahecho. Una descripción de él habla como de un hombre «de cabeza afechinada, labios colgantes, tez negra, ventruado, patizambo, corcovado, lento para expresarse y de locución confusa y desarticulada». Otros lo describen también como un hombre discreto, ocurrente, y un viejo libro popular le hacía héroe de graciosas anécdotas.

La escritura que Esopo hizo de fábulas populares han servido de modelo para todos los fabulistas antiguos y contemporáneos. Fue su habilidad para sintetizar en graciosas anécdotas los vicios y las virtudes del hombre, lo que le ha permitido pasar a la posteridad. Esopo siem-

pre intentó que su arte fuera comprendido por el pueblo, al cual él mismo pertenecía. Originalmente, pareciera que fue Esopo quien unió la idea de majestad con el león, la astucia con la zorra, la crueldad con el lobo y la previsión con la hormiga. Igualmente, fue Esopo quien les dio su intención moralizante que se proponía enseñar a las gentes simples las virtudes sociales y prácticas de una manera clara y accesible, dentro de su filosofía optimista y su objetivo de «aprender divirtiéndose».

JULIO FEDRO

Las noticias sobre las fechas de nacimiento y muerte de Fedro son absolutamente inciertas, e incluso los textos biográficos se cuidan bien de omitir el tema. En todo caso, su origen era Tracio, de formación griega. Fue liberto de Augusto y vivió durante el reinado de Tiberio, quizás hasta el de Nerón (54 d.c.) Fedro no escapó a las persecuciones de Sejano, favorito de Tiberio, y fue desterrado de la corte, hasta que la muerte de su enemigo le permitió regresar a Roma. Su origen era humilde, lo que fue para él motivo de resentimiento y amargura.

Las fábulas de Fedro abarcan cinco libros, que de alguna manera es una suma de críticas a la sociedad romana del siglo I. Fedro se mostraba escéptico respecto de los hombres. Los mejores son los que sufren la opresión y en sus textos se deduce que nada puede esperarse de los poderosos. Afirma, también, que la estupidez es peor que la maldad, que la ambición pierde a los hombres, que los astutos triunfan siempre y que los pobres no reciben recompensa alguna. De alguna forma, las fábulas de Fedro son un retrato de lo que ocurre en una Roma a comienzos de decadencia. Fedro le da a la fábula latina un carácter distinto al que le habían dado sus predecesores. Comienza basándose en el estilo esópico, pero con el tiempo ejerce una crítica social que eleva la fábula a la categoría de género mayor.

JEAN DE LA FONTAINE 1621-1695

Nació en Chateau-Thierry (Francia), afincándose posteriormente en París y vivió allí gracias a la protección de Fouquet y de madame De la Sabliere. Se casó con Marie Héricart, hija de un funcionario judicial. Se cuenta que la esposa mostraba tan poca afición al orden y al trabajo

como el marido. Lo cierto es que La Fontaine prestaba poca atención a sus asuntos personales, lo que le acarreó líos judiciales y financieros, mientras cultivaba su interés por los clásicos latinos y componía pequeños poemas. Se diplomó de abogado, aun cuando su afición por la literatura fue más fuerte.

Publicó algunos libros de cuentos, pero su consagración vino con los primeros seis libros de fábulas, en 1668. El segundo volumen apareció en 1678. La popularidad de éstas hicieron olvidar prácticamente sus otros textos. La Fontaine utiliza en sus fábulas la aguda observación de caracteres, el lenguaje apropiado a los personajes y también resalta los aspectos ridículos de los personajes. Los escenarios son generalmente naturales y los animales son protagonistas. Incluye normalmente la moraleja en la que La Fontaine da a conocer su carácter bonachón, crítico y se convierte en un irónico testigo de las costumbres sociales y de las conductas de los hombres. Junto con Molière y La Bruyere, La Fontaine contribuyó a crear una galería de personajes del siglo XVII de variada especie. Para los críticos, sus fábulas lograron la perfección del género en sus aspectos líricos y de lenguaje.

TOMÁS DE IRIARTE 1750-1791

Nació en Santa Cruz de Tenerife, España, y residió desde su juventud en Madrid, donde estudió bajo la dirección de su tío, don Juan de Iriarte, humanista destacado y uno de los mejores latinistas de la época. Por sus ideales liberales fue procesado por el Santo Oficio (inquisición), debido a la publicación de la *Carta a Fray Francisco de los Arcos*. Escribió obras teatrales de éxito fugaz, como *El señorito mimado*, *El don de gentes*, *Donde menos se piensa, salta la liebre*. Su gran acierto fue la publicación de sus *Fábulas Literarias*, en 1782. En muchas de estas composiciones alude ácidamente a los escritores de su época, con los cuales tuvo infinidad de problemas. De alguna manera, sus fábulas se inscriben dentro de la corriente extranjerizante de la literatura española, que reacciona contra el ya decaído esplendor del Siglo de Oro Español. Por lo mismo, se considera a Iriarte a uno de los propagadores en la península de la escuela italofrancesa.

En sus fábulas abundan los preceptos y los juicios literarios, quizás mucho más que en otros fabulistas. Las historias de animales exponen

una preceptiva literaria y poética que reúne el pensamiento y la estética de su tiempo.

Entre sus enseñanzas, está la de armonizar lo útil con lo bello, la necesidad de la crítica, la condenación de la erudición vacía, el estudio de los clásicos, la observancia de la sencillez, la claridad del lenguaje, etc. La belleza de sus composiciones y la simplicidad de su moral práctica son los elementos que han hecho perdurar con el tiempo las fábulas de Iriarte, considerado hoy día un clásico del género.

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO 1745-1801

Su origen era de aristocracia campesina. Nació en el pueblo de La guardia, en Alava, España. Viajó por Francia, donde completó sus estudios iniciados en su país. Llegó a ser Director del Seminario de Vergara, a quien dedica varias fábulas. Fue gran amigo de Iriarte, pero después se convirtió en su encarnizado enemigo, porque aquél no le citó en el prólogo de las *Fábulas Literarias*. Los amigos de la época comentan que Samaniego tenía un carácter licencioso, de conversación agradable y muy dado a las narraciones anticlericales y de tono subido. Esto, sumado a sus continuos ataques contra ciertos personajes y la publicación de cuentos picarescos, le valieron, también, ser perseguido por la inquisición. Antes de su muerte, Samaniego hizo quemar aquellos textos que habían sido censurados y que le significaron una condena a prisión en 1793.

Las *Fábulas Morales*, escritas entre 1781 a 1784, constituyen su obra imperecedera. Basándose en la fabulística medieval, compone narraciones en extremo simples, lo que aumenta su universalidad. Sus creaciones no son consideradas de gran vuelo filosófico, sino más bien anécdotas y reflexiones sencillas que hicieron decir a un escritor, contemporáneo de Samaniego, que «Iriarte cuenta bien, pero Samaniego pinta; el uno es ingenioso y discreto; el otro gracioso y natural».

LEÓN TOLSTOI 1828-1910

Nació en Yasnaya-Polyana (Rusia), de una familia aristocrática de origen alemán. Quedó huérfano muy niño y pasó la infancia y la adolescencia entre Moscú, su pueblo natal y Kazán. Allí acude a clases en la Facultad de Estudios Orientales, matriculándose después en Jurispru-

dencia. Fue militar en Crimea y participó en el sitio de Sebastopol. Ya le interesaba la literatura y se une a la generación que funda la revista *El contemporáneo*, de filiación claramente realista. En 1864 comienza lo que sería su gran novela, *La guerra y la paz*.

De carácter escéptico y violento, vive en las posesiones de su pueblo natal y funda una escuela y un periódico. En 1877 discute con varios monjes sobre cuestiones religiosas, lo que afirma sus creencias teológicas, que se orientaban hacia la separación de la fe íntima, con la Iglesia o el Estado. Por predicar el retorno al primitivismo cristiano, fue excomulgado en 1901. Su filosofía apareció en los textos *Confesión* y en *En qué consiste mi fe*. Entre sus obras más importantes, aparte de *La guerra y la paz*, están *Los cosacos*, *Anna Karenina*, *La muerte de Iván Ilich*, *Iván*, *El Imbécil*, *Resurrección* y *La sonata a Kreutzer*.

Sus fábulas se inscriben en el deseo de Tolstoi de dejar cuentos breves y enseñanzas, basadas en los campesinos rusos y la tradición que conoció. Retoma temas clásicos de la literatura universal y también inventa otros que apoyen sus ideales humanistas y solidarios.

DANIEL BARROS GREZ 1834-1904

Nació en el Departamento de Santa Cruz, en Chile. Viaja a Santiago, cuando aún era un adolescente, y estudia en el Instituto Nacional. Se titula de agrimensor en la Universidad de Chile en 1850. Desde joven manifiesta un talento especial para la ciencia y el arte: inventa, construye, escribe, investiga; fue arquitecto, constructor y literato.

Inventó la violiarpa, un instrumento para difundir la música en las escuelas del país.

Sus experiencias e inventos los difundía en conferencias y artículos periodísticos. Escribió cuatro novelas, varios libros de cuentos y decenas de obras teatrales que le han hecho ganar el título de «Fundador del teatro chileno». Se inserta en la corriente costumbrista del siglo pasado, a través de la cual ridiculiza y resalta tipos y prototipos de personas, critica el ascenso social y la frivolidad, denuncia las artimañas de poderosos y satiriza las costumbres provincianas.

De la producción de Barros Grez, se conservan para la posteridad, fundamentalmente sus obras de teatro, algunas ya clásicas del

teatro chileno: *Como en Santiago*, *Cada oveja con su pareja*, *El ensayo de la comedia* y *El casi-casamiento*.

En 1888 publicó sus *Fábulas Originales*, donde reúne un centenar de creaciones breves y moralizantes, en un estilo de poesía fluida y sencilla. Ese libro, hoy inencontrable, coloca a Barros Grez como ejemplar único de fabulista en Chile, donde recoge temas y anécdotas de la tradición fabulística universal y crea, también, sus personales composiciones.

Juan Andrés Piña.